

## **Comunicación del Académico de Número Ing. Agr. Angel Marzocca**

### **Los italianos en el desarrollo rural argentino**

Basta un pequeño esfuerzo de imaginación y será posible situarnos en la Argentina de fines de la primera guerra mundial (1914-1918), país al que muchos hombres de buena voluntad (atraídos por el convite generoso de nuestra Constitución) eligieron como segunda patria. Con respecto a los italianos que engrosaron esa pléyade, intentaré en este breve ensayo y glosando la propaganda que por entonces se transmitía desde las paginas de "L'Agricoltura Coloniale" con la firma de Italo Giglioli \*, comentar cuan significativas se veían desde el Viejo Mundo las posibilidades de su progreso y con que entusiasmo y valor ese aporte latino participó en nuestro desarrollo económico y social.

Todas sus apreciaciones y comentarios testimoniaban la realidad de un progreso agrícola y ganadero "maravilloso" basado principalmente en el trabajo de los brazos italianos que en el cultivo del trigo, el maíz, la avena, el lino, la alfalfa y otras forrajeras y tantas otras especies, incluidas las frutales, industriales y hortícolas, conquistaran palmo a palmo con sus aradas y cuidados gran parte de los 28.000.000 de hectáreas que (hacia 1914) se encontraban bajo cultivo en el país.

Se calculaba por esos años que aún restaban dedicar a la producción no menos de un centenar de millones de hectáreas más, de modo que las perspectivas de la labor de los inmigrantes, incluso en las explotaciones ganaderas -vacunos de leche y carne, ovinos, porcinos y equinos-,

en que aquellos no habían incursionado mayormente, también se mencionaban como potencialmente interesantes considerándose la posibilidad de alcanzar con el tiempo las exitosas producciones australianas y neozelandesas de entonces.

Muchos datos relativos a la influencia de esta inmigración en nuestro desarrollo rural han sido más recientemente ratificados por Dionisio Petriella en su opúsculo "Los italianos en la historia del progreso argentino", aparecido en los porteños "Cuadernos de la Dante" (Buenos Aires, 1985), y de quien -hasta casi textualmente- recogemos su invaluable testimonio en estas páginas.

El presente no debe interpretarse como un trabajo de investigación, aunque el tema bien lo merece y requeriría singular esfuerzo, sino apenas como un manojo de sintéticos comentarios suscitados por la lectura de los trabajos arriba mencionados, haciendo expresa aclaración que los ejemplos personalizados que citaremos de aquí en más, se refieren principalmente al período de algo más de medio siglo que va de 1850 a 1915, por lo cual muchos más individuos y acontecimientos merecerían agregarse a estas páginas.

Al concluir el primer cuarto de este siglo nuestro país era, en efecto, tras los Estados Unidos y el Brasil, el que en América había recibido el mayor número de inmigrantes italianos. Era entonces, para los hijos de la península mediterránea -un territorio diez veces menor que el de la Argentina-

\* Giglioli, I., Italiani ed italianità nell' Argentina, L'Agric Colon., 17:398-416; 18:103-184. Firenze. 1919.

"el país del siglo XX". Se lo imaginaba como el centro más promisorio para nuevas posibilidades de emprendimiento y desarrollo, y campo propicio para desplegar al máximo toda iniciativa y creatividad de la siempre vital alma latina.

La atracción del país rural se había iniciado para los italianos virtualmente muchos años antes, desde la fundación de la colonia Esperanza (1865) en territorio santafecino, para muchos considerada como la primera sede transoceánica inmigratoria de real importancia en esta parte del planeta.

Un personaje poco recordado de esta historia ha sido el padre misionero José **Repetti**, jesuita italiano que se constituyó en "uno de los grandes promotores de la creación de la citada colonia", así como de las de San Jerónimo y San Pablo, fundadas en dicha provincia en 1868.

Ha de recordarse que de los extranjeros que ingresaron al país, entre los años 1857 y 1914, casi la mitad procedían de Italia los que, en su gran mayoría se orientaron inicialmente hacia las colonias agrícolas.

En la primera década de este siglo por los años en que el Brasil contaba con un millón y medio de inmigrantes italianos, estos ya alcanzaban el millón en nuestro territorio. Cifra evidentemente muy significativa, a poco que se piense que la población total de la Argentina al comienzo de la primera guerra mundial apenas llegaba a unos 7.900.000 habitantes. Buenos Aires era ya, después de París, la segunda ciudad latina del mundo, con 1.597.000 almas albergando la quinta parte de la población total del país y se calculaba que vivían en ella tantos italianos como en Turín; es decir, unos 300.000 (de modo que el resto de sus compatriotas, aproximadamente 700.000, estaban establecidos en el interior).

Cálculos seguramente no muy arriesgados indicaban que, sumados los italianos nativos residentes en nuestro país a sus descendientes, su número equivalía aproximadamente a la población de toda la isla de Sicilia - 3.703.000 habitantes-, con lo cual podía concluirse que casi la mitad de los "argentinos" eran italianos o tenían sangre italiana.

También y con certeza, se comentaba o se intuía que si esta influencia no era todavía más marcada era debido a que la relación entre inmigrantes varones y mujeres favorecía netamente a los primeros (cuatro a uno), pues de no ser así los números serían muy distintos habida cuenta que las italianas eran mucho más prolíficas que las mujeres nativas o criollas o de las muchas otras nacionalidades que habían llegado a nuestras playas. Por otra parte, los mismos italianos no habían podido influir más en aumentar su descendencia ya que una característica demográfica propia de la Argentina era la falta de mujeres (en 1914: por cada 115 varones había sólo 100 mujeres, siendo estos valores mucho más notables en las zonas rurales).

En consecuencia esta inmigración era muy útil y deseable para la Argentina agrícola; resultaba indispensable atraerla y obtener el máximo provecho de la misma para acrisolar una masa poblacional propia altamente prolífica y parangonable a la que mostraban los Estados Unidos, considerando que la vastedad de estos territorios y sus condiciones ecológicas los hacían particularmente aptos al europeo.

Era necesario que los italianos no sólo poblasen las grandes ciudades, hacia donde muchos se dirigían aun habiendo sido originalmente destinados al campo. Ya hemos mencionado cuantos vivían en Buenos Aires,

cabiendo agregar que proporcionalmente a sus respectivas poblaciones lo eran también tan numerosos como en la capital, en Rosario donde habían 40.000, en La Plata -ciudad prácticamente nueva alcanzaban los 18.000, en Bahía Blanca y en Chivilcoy, 12.000 y Córdoba, Santa Fe, Pergamino y Mercedes contaban con unos 7.500. En cada uno de estos grandes centros poblados la propiedad ya estaba por aquellos años en buena medida en manos itálicas.

La realidad de la colonización rural italiana fue a poco una notable historia de realizaciones; en efecto, los agricultores italianos comenzaron a esparcirse en las provincias y al concluir el primer cuarto de siglo un cálculo si se quiere no optimista, permitía afirmar que ya el 65% de los pobladores de la campaña argentina tenía sangre italiana: "más que en las ciudades, el campo argentino está, en su escasa población, saturado de italianidad".

Fue primero en *Santa Fe*, como ya se ha dicho, que se orientó la gran masa inmigratoria rural hacia las colonias que se poblaron principalmente de piamonteses. Prueba de ello fue el surgimiento de tantas colonias, muchas de ellas con nombres que delatan palmariamente su origen, comenzando por las que honraban a la casa reinante en la península (Rey Víctor Manuel, Príncipe Humberto, Reina Margarita) o a próceres y personajes o entidades de relieve, como Garibaldi, Rufino, Crispi, Angeloni, o al Piamonte, la Nueva Torino, Nueva Roma, Bella Italia y otros por el estilo.

Según algunos, al menos en territorio santafecino con unos 900.000 habitantes hacia 1914, los italianos (unos 200.000) junto con sus descendientes ya superaban la mitad de aquel

número; su lengua y sus dialectos prevalecían por doquier y, entre ellos, los del Piamonte donde los inmigrantes de aquel origen eran sinónimo de agricultura. Se decía que por aquellos años era más útil en Santa Fe saber piamontés que castellano o el propio italiano.

De las 600.000 hectáreas cultivadas en la provincia en 1888 se pudo llegar, en 1910, merced a la actividad de estos colonos -numerosísimos de los cuales se transformaron en prósperos productores propietarios de la tierra- a poner bajo cultivo cerca de 3.900.000 hectáreas. Una parte muy significativa de este progreso (que significó haber pasado de una extensión cultivada equivalente a la provincia de Florencia, a una superficie casi igual a la de toda la Toscana y la Umbria juntas) debíase a ellos y en particular, a los colonos valdenses provenientes de ciertos valles del Piamonte.

Es bueno distinguir aquí, entre tantos inmigrantes piamonteses, a Don José **Marconetti**, quien instalara en 1889 el primer molino harinero en la localidad de Saguier, desde donde irradiara luego su acción pionera a otras localidades santafecinas y provincias. También merecen recordarse como progresistas inmigrantes de fines de siglo los hermanos Esteban y Víctor **De Lorenzi**, quienes instalaran en El Trébol lo que finalmente sería una potencia industrial en quesería.

La colonización italiana en Santa Fe, también la debemos acreditar si quiera en parte -además del ya nombrado jesuita **Repetti**- al padre franciscano Hermes **Constanzi** llegado a la Argentina en 1861 y que se hizo cargo de la reducción de San Javier desde 1864 hasta 1884; durante estas dos décadas se ocupó del desmonte y la colonización de extensos terrenos en

la región, de la construcción de los necesarios caminos y puentes, resaltando del fruto de sus desvelos las fundaciones de las colonias California, Francesca, Helvecia, Pajas Blancas, Romang, San Antonio de Obligado y San Javier.

En la *Provincia de Buenos Aires*, por otra parte, para la época que Giglioli escribía su artículo, había 300.000 italianos sobre un total de 2.066.000 habitantes -muy escasa aún para su vasta superficie algo mayor que la de la propia Italia y sus islas-, representando aquellos, en consecuencia, 1/6 parte del total, cantidad en la práctica mucho mayor si se considera que los hijos y descendientes de tales italianos sobrepasaban posiblemente en una cifra similar a los 300.000 mencionados.

Las crónicas y los autores de entonces testimoniaban que era la provincia que más ventajas materiales había ofrecido a la pujante inmigración itálica, la que se instaló principalmente en los partidos más próximos al ferrocarril.

Al citar el *ferrocarril*, por cierto vale mencionar que en el tendido de los primeros rieles en nuestro territorio -ya desde su inauguración en 1857, al ser colocados en la línea del Oeste por la empresa de Joaquín **Aragno**-, mucho han tenido que ver los compatriotas inmigrantes de éste en su establecimiento y expansión y que, como se ha dicho, favoreciera el afincamiento de los colonos y agricultores de aquel origen. Piénsese -al respecto- que ya en 1870 la Argentina contaba con unos 20.000 km. de vías férreas (muchos más que cualquier otro de los países latinoamericanos), en cuyo tendido participaron cientos de obreros italianos, muchísimos de ellos bajo la guía de numerosos ingenieros también de ese origen, entre los cuales -por ejemplo-

podemos citar al milanés Pompeyo **Moneta**, autor del "primer proyecto integral" de la red ferroviaria argentina cuya efectivización se cumpliera con el aporte de capitales ingleses y, en menor proporción, franceses. También merecen recordarse otros colegas de aquel no menos destacables como Guido **Jacobacci**, (de Módena), Tomás **Agostini**, Cristóbal **Giagnoni** (de Pistoia), el palermitano Emilio **Candiani** y el florentino Juan **Pelleschi**, según el citado Petriella los rescata en las páginas de los "Cuadernos de la Dante".

Otros que también trabajaron en la extensión y desarrollo de la red ferroviaria argentina y aun en su conexión con países limítrofes fueron los ingenieros Elías **Tornu** (de Bérgamo), Emilio **Mantegazza** (de Monza), Pedro **Albertelli** (de Parma), Víctor M. **Penna**, Pedro **Belcredi**, etc.

Una digresión: Si el ferrocarril tuvo su importancia en el desarrollo agrícola del país, no la tuvo menos la *navegación fluvial* que ayudó a traer los frutos del Litoral. En ella participaron activamente los armadores peninsulares, principalmente genoveses, como José **Aisardi**, José **Antola**, Juan **Berisso**, Lorenzo **Garsoglio**, Vicente **Forte**, Juan **Lavarello**, Luis **Palma**, Miguel **Pichetto**, Luis y Cayetano **Resoagli** y Bartolomé **Viale**, entre muchos otros.

Una mención aparte merece Antonio Oneto, quien fuera cofundador de la Compañía de Navegación Italo-Platense, pero además- fundador de la colonia homónima en cercanías de Puerto Deseado en el entonces (1884) Territorio Nacional de Santa Cruz.

Pero volviendo a territorio bonaerense, además de los agricultores, estaban allí presentes los italianos como promotores de su incipiente agroindustria, en los molinos, las fábricas de pastas, las curtidurías, las talabarterías

y los lavaderos de lana, al par que la geografía urbana los mostraba como constructores, sastres, muebleros, pasteleros y llegaban a dominar el pequeño comercio de la alimentación, el abastecimiento y aprovisionamiento de todo tipo de productos y la fabricación de diversas artesanías.

En el área rural, muchos de los inmigrantes comenzaron de igual manera: como peones "ligados en condiciones de contrato que les aseguraban más la fatiga que el salario", pero que les serviría -haciendo honor a su humilde paciencia y fervorosa entrega- para generar preciosos ahorros, en contadas ocasiones fruto de la caridad de sus patrones y la mar de las veces verdaderamente sufrido producto de su duro trabajo, y sobre los cuales pudieron afianzar su progreso.

Fue particularmente abundante en nuestra campaña la inmigración de los meridionales, de la península; a miles de ellos se debe el haber "domesticado" por así decirlo, muchos de nuestros campos de explotación ganadera natural al cultivo de la alfalfa y otras forrajeras o directamente a los cereales y oleaginosas, a la huerta y los frutales.

Los inmigrantes ingresados como peones pasaron luego gradualmente, con su duro esfuerzo, su sudor y sus ahorros, a ser colonos y medieros, y al ritmo de su progreso fue progresando el país, pese a que tantas veces tuvieron que enfrentarse con la usura de los intermediarios y propietarios, por lo general latifundistas o de los capitalistas de diverso tipo que medraban del producto de nuestros campos.

Por esos años, la provincia de Buenos Aires mostraba diversos polos de desarrollo característicos por su notable actividad itálica. De entre ellos podría destacarse -por ejemplo- el de Bahía Blanca (recuérdese que bajo la

dirección del ingeniero Luis **Luigi** miles de italianos participaron en la construcción de Puerto Belgrano), donde el negocio de compra venta de las tierras, si bien benefició a muchos latifundistas argentinos, no siempre resultó bueno a los inmigrantes habida cuenta de la condición salitrosa de algunas tierras en que se afincaron lo que los obligó finalmente a su abandono.

En esta región resultó muy meritoria la actividad de Juan Antonio **Argeric**, desde la estancia "La Gleba", donde estableciera un verdadero huerto experimental bajo riego en procura de la introducción y aclimatación de diversos frutales y hortalizas (en un solo trienio se decía haber introducido no menos de tres millones de ejemplares diversos para su estudio y experimentación). Cerca de Bahía Blanca, por otra parte, Nueva Roma fue sede del primer intento de colonización militar que, bajo la dirección del abruzzese **Silvino Olivero**, se llevó a cabo hasta su infausto asesinato a manos de soldados amotinados en 1857.

También se mencionaba la floreciente realidad de Villa Iris y zonas vecinas, a unos 110 km. de Bahía Blanca, donde valdenses llegados en parte de la Colonia Valdense del Uruguay, trasladaban sobre unas 36.000 ha de la "Colonización Stroeder" su experiencia agrícola de los valles del Piamonte, estableciendo una próspera colonia con cultivo de cereales, frutales y ganadería, apoyados en una eficiente organización administrativa y educacional de cerca de cien familias fundadoras.

En Olavarría el 90 % de los campos estaban poblados por italianos y en sus manos residían las principales industrias cerealeras; famoso era allí, por entonces, **Giusseppe Guazzone** a quien sus connacionales conocían como

el "rey del trigo", donde hizo su fortuna y en cuyo partido fundara en 1884 la "Colonia Luisa" sobre 22.000 hectáreas. Condujo el emprendimiento con sapiencia técnica y corrección gerencial, constituyéndose dicha colonia en un centro de singular atracción para sus paisanos piemonteses. Sus campos llegaron a producir y aun sobrepasar las 30.000 toneladas de cereal y tanta fue su riqueza que, por emplearla también en sustanciales donaciones a la madre patria, la Corona le confirió el honroso título de Conte di Passalaqua.

Mientras, no lejos de allí, en **Tandil**, los inmigrantes se ocupaban no solo de tareas rurales sino también urbanas en diversas artesanías y oficios y hasta en la extracción de granito, y en **Azul** otro tanto se decía de unos 5.000 meridionales allí afincados. Lo mismo ocurría en otras zonas más al norte, como por ejemplo, los campos circunvecinos a **Zárate**, ciudad de origen preponderante italiano, donde estos constituían casi el 85 % de la población rural, al igual que en la vecina **San Nicolás**, ocupados los italianos tanto en la horticultura y la agricultura como en el comercio y la industria, predominando los friulanos, los piemonteses y los toscanos, y en **Chivilcoy, Pergamino, Mercedes y Las Flores**.

**Dolores** se citaba como otro ejemplo de la contribución de los inmigrantes italianos a la fruticultura, que se vislumbraba como un rubro promisorio para la exportación; mientras, en **Trenque Lauquen** no menos de otros 5.000 italianos conquistaban el desierto en la frontera central.

Entre los pioneros agrícolas inmigrantes bonaerenses se destaca también la figura de José Carlos **Cacase**, "que llegó a producir unas 600.000 bolsas de papas" -según Petriella-, así como la de **Andrés**

**Vacarezza** "gran colonizador de las zonas de **Alberti y Suipacha**".

Estos y otros de sus compatriotas regaron con su sudor generoso los asentamientos italianos en la cerealera **Tres Arroyos** -donde igualmente se dedicaron a la ganadería vacuna y a los ovinos para lana- y en **Pringles, Juarez, Balcarce, Bolívar, Rojas, Merlo, Moreno, Morón, La Matanza, Las Conchas, San Martín, San Isidro** (con predominio de calabreses), **San Fernando** (donde los ligures eran, a su vez, mayoría), **Ramallo**, etc.

La *Provincia de Córdoba*, por su parte, albergaba entonces entre 70.000 y 80.000 de sus connacionales según Giglioli, los que prácticamente se habían duplicado en número en unos diez años a partir de 1880, constituyendo aproximadamente el 80% de la población total extranjera mientras dejaban su impronta en toda la producción y comercialización hortícola, principiando por el reducto friulano de **Colonia Caroya**.

En esta provincia los inmigrantes italianos establecieron en definitiva más de 400 colonias, entre quienes el citado Petriella destaca como uno de los más notables a don Cesar **Comolli** quien, a partir de su llegada en 1887, colonizó más de 120.000 hectáreas. Asimismo conviene recordar que entre los fundadores de San Francisco, figura don Francisco **Tampieri**, quien llegara a esa provincia desde Bolonia en 1890, instalando allí su primera fábrica de fideos, que alcanzaría a ser con los años un establecimiento modelo y de fama mundial.

Parecida población itálica residía en *Entre Ríos*, constituyendo aproximadamente 1/6 del total de sus habitantes algo antes del comienzo de la primera guerra mundial, aún cuando por su condición de "provincia - isla"

quedaba como a trasmano de las corrientes inmigrantes normales. Finalmente los peninsulares llegarían a fundar unas 200 colonias.

Ya a comienzos del siglo casi la décima parte de aquellos inmigrantes se había transformado en propietaria rural o urbana; se distinguía la colonia de valdenses establecidas sobre el río Paraná al norte de **La Paz**, en **San Gustavo**, donde habiendo originalmente extranjeros de distintos orígenes, fueron los italianos quienes finalmente se afianzaron como propietarios al subir excesivamente el costo de los arrendamientos. También mostrábase muy prósperos los valdeses que se asentaron en **Rosario Tala**, en el centro de la provincia, conviviendo con inmigrantes de otras nacionalidades, y que por entonces ya exigían de las autoridades servicios públicos más complejos, particularmente en materia de educación.

Veamos que pasaba, entretanto, en la vecina **Corrientes** territorios en que no precisamente la inmigración italiana se mostrara inicialmente notable. La zona de **Goya** tenía hacia 1875 un tercio de su población cubierta por italianos; lamentablemente, la colonia "**Ausonia**", dirigida por un tal Vatri, concluyó por disolverse luego de soportar sus habitantes agresiones de los nativos y otras viscosidades, entre las cuales también discordias internas. Aun cuando algunas firmas italianas finalmente se establecieron en la propia ciudad, puede decirse que el clima subtropical y las condiciones generales prevalecientes en aquellos días en la provincia no resultaron muy propicias para la inmigración peninsular.

Desde la costa ligure llegó a esa provincia a mediados del siglo pasado don José **Magnasco**, propulsor de la industria láctea - muy modestamente

en sus comienzos -, en sociedad con su hermano Luis, fabricando su famoso queso "**Goya**" en la localidad homónima.

Más promisorios que los aires correntinos resultaron por el contrario, para la inmigración peninsular, los del entonces territorio nacional del Chaco, al que se le suponía gran porvenir aunque ya algunas crisis y las consabidas quiebras hubieron de soportar colonos italianos víctimas del falso hipnotismo de tierras supuestamente feraces ofrecidas a bajos precios. No es novedad afirmar que a las actividades de estos pioneros débese en gran parte el ulterior desarrollo de la industria algodonera chaqueña; las primeras tandas de esa inmigración se produjeron hacia fines de la década del 70 y de ellas surgieron personajes tan destacados como Juan María **Rossi**, cultivador de algodón y oleaginosas en la "**Colonia Ligure**" mientras existían tantos anónimos italianos inmigrantes como los que trabajaron con el dálmata Nicolás **Mihanovic** en la colonia agrícola "**La Dalmacia**" que llegó a contar con unas 150.000 hectáreas.

Es justicia destacar la figura del citado don Juan María **Rossi** genovés que no sólo fue promotor del cultivo e industrialización del ricino, sino que además emprendió conjuntamente con los hermanos **Dufour** la explotación del quebracho para la extracción del tanino. Asimismo merece ser citado don Carlos **Biaggio**, introductor del cultivo de la caña de azúcar quien, en 1881, instalara para su industrialización un molino y destilería a vapor para la producción de alcohol.

Más al norte, en el *territorio de Formosa*, se hizo sentir la acción colonizadora de los franciscanos italianos a través del padre Buenaventura **Giuliani** en los primeros años de este siglo, en

que fundara la Misión San Francisco de Laishi incluyendo una chacra experimental - posiblemente la primera en la región - que alcanzara notable importancia como centro agrícola-industrial puesto que llegó a disponer de ingenio azucarero propio.

A propósito de la caña de azúcar, es importante citar que fue un químico italiano, el milanés Vicente Brusa, quien a mediados del siglo pasado perfeccionó en Tucumán los métodos utilizados por la industria azucarera en esa provincia, mientras -por otra parte- promovía e iniciaba el cultivo del añil en sociedad con otros compatriotas.

Volvamos ahora nuestra mirada hacia el oeste: en *Mendoza*, encontraban los italianos un campo más que propicio para desarrollarse; ingenieros de ese origen participaron en la construcción de obras hidráulicas de los ríos Mendoza y Tunuyán que permitieron ampliar el área bajo riego y donde muchos colonos -también itálicos- cultivando huertos, viñedos y montes frutales tendieron las almendras típicas del paisaje cuyano a lo largo de unos 1700 Km de canales plantado no menos de medio millón de árboles.

Conviene aquí mencionar que entre los muchos italianos llegados a Mendoza y San Juan, principalmente a partir de 1880, se destacó la presencia del Ing. César **Cipolletti** quien, habiendo arribado a estas tierras precisamente en 1888, ejecutara las obras de regadío previstas en sus proyectos de construcción de diques y canales de los ríos antes mencionados y cuyo inmediato resultado fue el aumento de los cultivos vitícolas y olivícolas y la consolidación de las explotaciones existentes.

Esta influencia también se extendió a la región del Alto Valle del Río Negro, para la cual Cipolletti proyectó en 1898

las obras de irrigación de las tierras del mismo, y que se cumplieran finalmente por sus compatriotas Decio **Severini**, Guido **Jacobacci** y el ingeniero hidráulico Orestes **Vulpiani**, verdadero continuador de los proyectos de **Cipolletti** y con quien colaborara el Ing. César **Fattori** en trabajos de irrigación en la región puntana. Precisamente fue también a la actividad de muchos inmigrantes italianos, y en especial a la del Ing. Felipe **Bonoli**, colaborador estrecho de Cipolletti, a quienes debemos la exitosa colonización de Villa Regina y el desarrollo impar del cultivo de los manzanos en esa región.

A los trabajos de irrigación merecen agregarse los de planimetría, nivelación y sistematización de tierras realizados por profesionales como el ingeniero piemontés Juan Bautista **Medici** en la provincia de Buenos Aires, los de su red de desagües en que participara el Ing. Pilares **Cappagli** (de Luca), los trabajos hidráulicos ejecutados en dicha provincia en Santa Fe por el varese Ing. Rodolfo **Cervini**, etc.

Volviendo a *Cuyo*, ya en la primera década de este siglo don Andrés **Bacicaluppi** fue quien implantara una "colosal" -para esa época- fábrica de conserva de frutas, en tanto el capital italiano centraba principalmente sus intereses en la producción vitivinícola en la cual Antonio **Tomba** en Mendoza, y Juan **Medici** en San Juan se destacaban, hacia 1915, entre los mayores productores. El origen de estos pioneros fue en muchos casos similar; comenzaron como "contratistas", modestos campesinos y con el ahorro, conseguido por lo común con las tres primeras cosechas de los viñedos instalados a fuerza de fatiga, sudor, ascética modestia y ejemplar perseverancia, en terrenos hasta entonces incultos, concluyeron levantado sus notables bodegas.



Ya hemos citado a **Tomba**, oriundo de **Vicenza**, quien llegó a la Argentina en 1879 y al que el rey de Italia distinguió con el título de Cavaliere del Lavoro; podríamos agregar a **Juan Giol**, de **Pordenone**, quien llegó unos años más tarde que aquél, en 1887, y la popularidad de cuyo vino "Toro" lo hizo tan famoso que se le apodaba el "rey del vino". Ellos fueron los iniciadores de una corriente permanente engrosada de inmigrantes a cual más destacado, como los **Calisi**, **Gargantini**, **Furlotti**, **Toso**, etc. hacia fines del 800 y ya a comienzos de 1900, entre otros, los **Ciancio** y **Filippini**.

En esta provincia, dos sacerdotes salesianos, misioneros italianos, se distinguieron por entonces en la enseñanza agrícola; fueron ellos **Don Luis Botta** (de la provincia de **Como**) y **Don Pedro Riccaldone** (de la de **Alessandria**). El primero, que llegó a la Argentina a fines del siglo pasado, fue promotor de la Escuela Agrícola de Rodeo del Medio; por su parte, **Riccaldone** -agrónomo probado y fundador de escuelas agrícolas en España antes de su viaje a nuestro país a principios de siglo- debemos la creación de la Granja Agrícola de **Eugenio Bustos** y el desarrollo de la Escuela de Enología y Olivicultura en la localidad más arriba citada.

Lo dicho se refiere principalmente a **Mendoza**; en lo que respecta a **San Juan**, agregaremos que en 1869 comienza la actividad en esa provincia de otro inmigrante que pronto adquiriría su propia fama: **don Juan Graffigna**; en 1875 llegan a su vez **don Vicente Cereseto** y **don Santiago Graffigna**, y en 1890 **Juan Del Bono**, todos ellos notables pioneros vitivinícolas y al último de los cuales acaso pueda reconocérsele la calidad de fundador de la industria sanjuanina del aceite de oliva.

Algo era más que evidente en la región cuyana hacia la época en que **Giglioli** escribiera su artículo: 57.000 ha de las 71.000 ha totales de viñas existentes en el país mostraban una producción vinaria que había saltado de 3.171.000 hl en 1907 a 6.170.000 hl en 1914 como resultado de la labor, inteligencia y dedicación de los inmigrantes italianos en un área que era no mayor de 1/75 del área cultivada en la propia Italia (4.319.000 ha; 43.046.000 hl de vino); de modo que producían vino más eficientemente que en la península, duplicaban la producción de los EE.UU. y decuplicaban la de Brasil, también hechas por los italianos. En la Argentina también se cumplía como en el resto del Nuevo Mundo que allí donde había viñedos estos estaban en manos de italianos y sus descendientes.

Un aspecto sobre el que no se tenía mucho conocimiento, aparentemente, para la época que escribía **Giglioli**, es el referente al desarrollo de la extensa *Región Patagónica*; aparte de sus referencias a la producción rionegrina. Conviene rescatar el trabajo italiano rindiendo, si se nos permite, justo tributo a la acción benemérita de muchos religiosos que misionaron en esta región.

Es bien sabido que fue de especial objeto y heroica dedicación pastoral la de los salesianos italianos que -a partir de la primera misión enviada en 1875 por el propio **San Juan Bosco** y presidida por el después cardenal **Cagliero**- , muchos de ellos se destacaron por diversas circunstancias y con caracteres propios, como los padres **José Fagnano**, **Domingo Milanésio**, **Santiago Costamagna**, **Alberto María De Agostini**, **José Vespignani**, **Bernardo Vacchina**, etc. mereciendo el reconocimiento del pueblo y gobiernos, y

constituyéndose además de ellos en verdaderos pioneros del desarrollo agropecuario y rural de la región.

Veamos algunos particulares ejemplos: El padre Pedro **Bonacina** (de la provincia de Como), innato agrónomo y activo investigador científico de las flora y fauna patagónicas, desde que llegara al país en 1886; fue gran colaborador del micólogo **Spegazzini**, quien perpetuó su nombre en una de las nuevas especies de hongos por él descubiertas. Sus enseñanzas en materia agronómica se extendieron desde **Patagones** hasta **Junín de los Andes** pasado por **Fortín Mercedes** y **Choele Choel**.

Otro distinguido estudioso de la flora y fauna de la Patagonia meridional y de la fueguina -al par que destacado etnógrafo- fue Don **Maggiorino Borgatello** (de Varengo, Alessandria) quien, llegado a su vez en 1889, nos dejara una interesante y perdurable obra sobre la flora magallánica.

También el famoso padre Juan **Cagliero** antes citado, a quien -realizador en nuestra patria de una monumental obra apostólica y civilizadora hasta su regreso a Italia en 1904-, débense acreditar la fundación de varias colonias agrícolas en su vicariato extendido desde la pampa central hasta el estrecho de Magallanes.

Asimismo, el padre **Alejandro Stefenelli** (de Trento); pisó la Patagonia en 1885 y desde entonces desplegó gran actividad misionera y colonizadora, particularmente en el Alto Valle del Río Negro y entre cuyas realizaciones se contabiliza la fundación de la Escuela Agrotécnica "Don Bosco" en cercanías de **General Roca** allá por 1898.

Finalmente no hay que olvidar, ya con referencia al **Territorio Fueguino**, que fue obra de Don Carlos **Baruffaldi**, nacido en **Butigliera d'Asti** (Piamonte),

la fundación de la Escuela Agrícola más austral del mundo, en la Misión Salesiana de Río Grande.

Ya que hemos incursionado también en contribuciones de los italianos a la *agroindustria* y a la influencia notable que debe reconocérsele a esta inmigración, nos recuerda Petriella que ya hacia mediados de 1800, en Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas favoreció la actividad de los hermanos **Gerónimo** y **Santiago Rocca**, genoveses oriundos de Lavagna, quienes explotaron *saladeros* y la extracción de grasa vacuna de los materiales de desecho de sus establecimientos, dando origen así a la notable fortuna de esta familia; en este mismo rubro también descollaría años después su paisano don Juan **Berisso** quien dueño de seis saladeros -uno solo de ellos, el "San Luis", con más de un millar de obreros-, se diera el lujo de sentar las bases de la ciudad que hoy lleva por nombre su propio apellido.

En el rubro de las *explotaciones ganaderas* y *las industrias de ellas derivadas*, y mas precisamente de la *curtiduría* y el comercio de los cueros vacunos, ya en 1866 se destacaron los piamonteses Santos y Tomás **Luppi**, originarios de Como, así como fue también notable desde aquellos años la fábrica de artículos de *talabartería* fundada y desarrollada por don Eugenio Mataldi, nacido en Milán.

Petriella menciona igualmente que, en estos rubros, hacia 1882 se desarrollaba la industria de la curtiembre a partir de las voluntariosas manos italianas de Antenor **Beltrame**, de Vicenza, quien se instalara en la provincia de Santa Fe (Cañada de Gómez), mientras su compatriota y paisano son Angel **Pertini**, se distinguía por igual motivo en Buenos Aires, lo mismo que don Juan Domingo **Lirio**, que llegó a

concretar una notable producción (capaz de calzar a todo el ejército nacional en ocasión de la inminencia de una guerra contra Chile). Sabido es, por otra parte, en cuanto a la *Industria del calzado*, la importancia adquirida por el nombre de Tomás **Grimoldi**, quien desde que se instalara en **Buenos Aires** hacia 1866 no puede dejar de citarse como uno de los principales pioneros en esta industria, en la que muchísimos inmigrantes italianos se emplearon desarrollándola o promoviéndola.

Por cierto había sido también **Buenos Aires** el centro del desarrollo itálico de la *industria molinera* y de las pastas alimenticias a partir de la alborada del siglo XIX en que don José **Marchisano** levantara una de las primeras tahonas, ejemplo a poco seguido por un tal **Lagomaggiore** quien -en 1837- instaló con máquinas de su propia invención una fábrica de fideos que se sumaba así a la primera creada en 1830 por don Felipe **Accinelli**. Este último, financista y comerciante de harinas, también anexó al cabo de algunos años un molino, comenzando una actividad en que ya se destacaban -empleando métodos muy avanzados para la época- el genovés Manuel **Bacigaluppo** conjuntamente con los hermanos **Demarchi** y otros en la mitad del 1800; en este grupo se destacó asimismo su paisano don Miguel **Oneto** con su famosa "Fábrica de Harinas y Fideos a Vapor", fundada en 1860. De la Liguria también llegaron don Ernesto **Piaggio**, quien instaló unos veinte años más tarde la primera fábrica de almidón de arroz y don José **Canale** que fundó en 1875 la que sería, con el tiempo, la pujante y renombrada industria de fabricación de sus famosísimos bizcochos con los cuales competirían años más tarde (a partir de 1911) los que fabricara el lombardo don Humberto Felipe **Terrabusi**.

Es a inmigrantes italianos que se debe igualmente el desarrollo de la industria de la *destilería* y la *licorería*, comenzando en **Buenos Aires**, desde mediados del siglo pasado, por el milanés don Eugenio **Mataldi** -a quien ya recordáramos dedicado a otros menesteres-, y siguiendo por el piemontés Juan B. **Maletti** y el genovés Nicolás **Martelli** y otros tantos que continuaron el rumbo abierto por éstos ya en el propio territorio bonaerense ya en el interior del país.

Otros rubro, el de la producción de aceite vegetales (recino, lino, tung, etc.), también recibió importante dedicación de inmigrantes italianos; ya hemos citado los casos del cultivo de los olivares en San Juan, el del ricino en el Chaco, etc. y podemos agregar el especial impulso que tuvo la industria cuando hacia 1876 comenzara su actuación en la extracción de aceites don Ambrosio **Tognoni**, oriundo de Lombardía, así como "a posteriori" con los trabajos de su paisano don Egidio **Colonnello**.

Con respecto a la industria relacionada a la ganadería, Petriella recuerda que fue hacia 1876 que Juan **Tronconi** ya trabajaba intensamente en Buenos Aires sosteniendo con su *fabricación de chacinados* a numerosas familias; en esta área, por su parte, el lombardo Luis Antonio **Fasoli**, a partir de un pequeño establecimiento en Rafaela, daba comienzo a lo que a la postre se transformaría en el Frigorífico Rafaela S.A., mientras otro connacional, don Antonio **Devoto**, a su vez, fundaba el frigorífico Argentino de Liniers.

Por aquellos años y aun algo antes (1878) don Enrique **Radice** había instalado el primer *Lavadero de lana* de ovinos, a vapor, al que se agregó luego, en 1888, el de la sociedad constituida por Hércules **Ponzini** y Lorenzo **Caravelli** y ya en nuestro siglo, la notable fábrica

de don Pablo **Tavelli**, benefactor -en muchos sentidos- de las comunidades argentinas a las que estuvo relacionado.

La industria textil tuvo asimismo apoyo notable de la iniciativa italiana, desde 1880 cuando el genovés Juan B. **Lastrato** comenzara con la fabricación de frazadas de lana, luego continuada por Antonio **Costaguta** en 1895, y que se cimentara más tarde con el sustancial aporte empresarial del varese Enrique **Dell'Acqua** y en la senda de los cuales se sumaran inmigrantes tan destacados como los **Barolo**, **Piccaluga**, **Gerli**, **Giardino** y tantos otros.

Se nos ocurre hacer aquí un obligado paréntesis. Es que parecería injusto que, en nuestra conmemoración de tantos destacados inmigrantes, no agregásemos los nombres de algunos *profesionales de la agronomía, la veterinaria y ciencias conexas* que contribuyeron a la formación de las primeras promociones colegas en nuestras universidades o que se dedicaron entusiastamente a la investigación agropecuaria. En esa nómina no pueden faltar hombres como el sabio Carlos Luis **Spegazzini** (de Turín), los Dres. en Cs. Agrs. Moldo **Montanari** (de Russi, Ravenna), Domingo **Borea** (Piacenza), A.S. **Baldassarre** (Foggia), Cayetano **Martinoli** (Turín), Marcelo **Conti** (Montegranaro, Ascoli Piceno) y Benedicto **Marone** (Salerno), los Ings. Agrs. Hugo **Miatello** (Castelfranco Veneto, Treviso) y Roberto **Campolieti**, el agrónomo Luis C. **Cordero** (Parma), los Méds. Vets. José **Torregiani** y César **Zanolli** (Venecia), los Profs. **Baldoni** (Bolonia) y Alfredo **Cassai**, el Ing. hidráulico Ferruccio A. **Soldano** (Génova), el botánico Augusto César **Scala** (Génova), el químico Domingo **Parodi** (Génova), los médicos naturalistas o

botánicos Rodolfo **Faggioli** (Sirolo, Ancona), Paolo **Mantegazza** (Milán), Luis **Orlandini** (Siena), Pio Attendolo **Bolognini** (Pavía) y Juan A. **Boeri** (San Remo, Imperia), el naturalista Clemente **Onelli** (Roma) y otros que llegaron al país a fines del siglo pasado o principios de éste.

A ellos, ya prácticamente en el segundo cuarto de éste y en nuestros propios días, se agregaron luego otros profesionales, educadores y científicos entre los que recordamos a los Ings. Agrs. José **Testa** (de Potenza), José **Vallega** (de Vado Ligure Savona), Alfonso J. **Castronovo** (La Spezia), Agustín **Mitidieri** y Antonio **Marchi**, el Méd. Vet. Pedro **Romagnoli** (Pavullo, Modena), los Dres. en Cs. Agrs. Félix **Giannetto**, Nello **Cucchi** y Lamberto **Golfari** (de Cesena), el Dr. en Econ. Jorge **Tacchini** (Parma), la botánica Prof. Silvia A. **Colla**, el Ing. Quím. Mario **Faldini** (Liorna), Los Drs. en Quím. Luis **Floriani** y Pedro Juan **Garoglio** (Florencia), el cartógrafo Francisco **Maranca** (Civitavecchia, Roma), el Enólogo Pascual **Gargiulo**, el ecólogo Luis B. De **Gásperi**, y otros cuyos nombres se nos quedan involuntariamente en el tintero.

Nos faltaría, por último, retornar al testimonio de Giglioli al respecto de los inmigrantes más próximos al cultivo de la tierra: los peones, los arrendatarios y los pequeños propietarios (estos últimos apenas contabilizados por aquél apenas en unos 203.500 para un total de propietarios fundiarios de 1.075.000 en todo el país). Según el autor estas cifras resultaban de todos modos engañosas, pues en el resto de los propietarios no italianos se encontraban muchísimos latifundistas no pocos de los cuales poseedores de extensiones que superaban en conjunto la superficie total de Italia.

Muchos de los peones fueron simplemente braceros golondrinas, que venían y volvían y volvían al Viejo Mundo llevándose escasos ahorros. En cuanto a los colonos, debieron luchar contra una burocracia y una desorganización legal, social y empresarial que no resultaba favorable a sus expectativas ni a sus intereses y por ende tampoco a su progreso material; acaso mucho influyera en ello su escaso espíritu gregario, muy diferente del que era fácil comprobar en los inmigrantes de otras nacionalidades, como los hebreos, los rusos, anglosajones, franceses, etc., cuyas organizaciones y capital los colocaba desde el inicio en mejor posición para afrontar posibles avatares e incertidumbres económicas.

Los peones -sometidos a dura separación familiar, pues la más de las veces la esposa y los hijos permanecían a su espera en los conventillos urbanos-, y entre los cuales eran numerosos los marquésianos y sardos, fueron laboriosos y productivos al par que obedientes, dóciles y serviciales; pero tal vez carecían del sentido de la italianidad aún cuando representaran a la Italia en nuestra tierra más que los mismísimos funcionarios de la Embajada.

En cuanto a los colonos, fuesen arrendatarios o medieros, aun viviendo una vida menos dura que los anteriores y por cierto no trashumante ni tan incierta, gozaban del techo de un rancho, levantado por lo común por sus propias manos, donde cobijaban su familia en la inmensa soledad de nuestra campaña. Pero en ellos -impulsados a cultivar para su propio sostenimiento y el del propietario- fue iniciándose una incipiente prosperidad nacida a la sombra de su creciente afecto a la tierra que les acogiera y a la que a veces se vieron obligados a expoliar en demasía por

aquella misma circunstancia. A consecuencia de sus escasos conocimientos agrícolas y deficiente iniciativa técnica innovadora, aun disponiendo de los brazos de su familia y de los pocos peones que llegaron a emplear, descuidaban la fertilidad del suelo y en lugar de procurar el incremento de su productividad, vivían anhelando adquirir la tierra arrendada o alquilar más superficie para aumentar su producción.

Se decía, por entonces, que a estos arrendatarios y pequeños propietarios (una familia tipo lograba cultivar unas 100 ha.) debíanse las dos terceras partes de la producción total argentina de trigo. Sin embargo, comentaba Giglioli, que su aislamiento social o comunitario los mostraba como incapaces de hacer sentir el peso de sus derechos e intereses contra los latifundistas y los poderes públicos, de manera que debían soportar permanentemente por la falta de justicia, seguridad, créditos, etc.

Las superficies que los medieros italianos arrendaban variaba por lo común entre las 100 y las 1000 ha., pagando entre 10 y 25 % - y aun hasta el 30%- del total de la locación con el producto de su trabajo; la variación apuntada resultaba mayormente según la existencia o no de caminos y de la distancia del campo al ferrocarril o a algún curso de agua navegable, pues el costo del transporte muchas veces absorbía gran parte del valor de las cosechas.

Muchos fueron los campos tomados así en arrendamiento, trabajados, arados, desmalezados, sembrados y explotados por los inmigrantes peninsulares, donde crecieron los cereales, los huertos, los alfarcos... Tomando a crédito alimento y vestido de los "ramos generales" y las pulperías, veían

transcurrir sus vidas más cerca de la miseria que de la abundancia, rogando que la sequía o la langosta no les robasen la esperada ganancia, que les permitiese mantener abierto su crédito para el año siguiente, volver a contratar peones -brazos adicionales-, y continuar así con voluntarioso tesón, pagando con fatiga, sobriedad, frugalidad y preocupaciones sin límites una gesta heroica y silenciosa, en la que muchos se superaron a sí mismos aunque muchos también tuvieron que desertar al tornarse infértiles o económicamente inviábiles los campos que trabajaran.

No todas fueron pues flores para estos inmigrantes; para sus propios connacionales aquí y allá en la península, pecaron de individualistas y como se ha dicho, incapaces de disciplinarse a sí mismos, aparte de no haber sabido ordenarse colectivamente para luchar por sus intereses ante las autoridades. De ello se explican no pocos fracasos en sus intentos colonizadores no obstante lo propicio que les fueron -en general- el suelo y el clima y aun la circunstancia ventajosa de alentar el Gobierno de nuestra patria la adquisición de las tierras. Hasta podría decirse que no se trató de falta de capital para obtener patente de colonos sino de cierta incompetencia intelectual, según lo menciona el propio Giglioli en las páginas de "L' Agricoltura Coloniale"

para saber encauzar su labor personal y comunitaria de modo de hacer más fructíferas la inversión de su esfuerzo y sus ahorros y una mutua superación de la técnica y el conocimiento agrícola aplicados al trabajo y la producción.

Pero -aparte de los si se quiere lógicos fracasos-, ya se señalaba entonces, en esas mismas páginas, la prosperidad con que esfuerzo y dedicación al campo, la industria y el comercio en el joven país habían premiado y distinguido a tantos hombres de la talla de los que aquí se han mencionado, y a muchos de sus hijos, aunque estos solían olvidar muy prestamente su origen itálico, su idioma y hasta su idiosincrasia, acriollándose rápidamente, hecho muy difícil de verificarse entre los inmigrantes franceses, ingleses o alemanes.

De todos modos es una verdad irrefutable que no bastaría para testimoniar la impronta de italianidad que conserva nuestro campo, la mención memoriosa de unos pocos inteligentes o afortunados emprendedores, sino la del sudor regado por centenas de miles de trabajadores anónimos que en el mero lapso de aproximadamente tres cuartos de siglo tan cercanos, llegaron a transformar nuestra campaña, un desierto indómito, en campos de extraordinaria producción, construyendo así un monumento vivo a su nueva nacionalidad.